

ESTRUCTURA SOCIAL Y CERÁMICA ARQUEOLÓGICA ARGENTINA

**Del libro: “Cerámica Indígena Arqueológica Argentina”, 2da. Edición, 2009.
Autor: Jorge Fernández Chiti.**

La mejor cerámica arqueológica de nuestro país, es aquella en la que culminan simultáneamente tanto los estilos como las técnicas, así como los contenidos, que son reveladores y a la vez expresión o comunicación del profundo shamanismo y cosmovisión propio de las culturas del período al que (precisamente por ello) nosotros denominamos “Culminativo”, el que se dio aproximadamente entre los años 400 y 800 de nuestra Era, en el Noroeste argentino, si bien ambos topes (máximo y mínimo) pueden extenderse un poco, en ambos sentidos (toda fecha es tentativa y jamás apodíctica): la historia no es matemáticas (y *la arqueología es historia*, aunque hoy reniegue de su genética...).

Es ley universal del decurso histórico, que se da en todas las culturas, el hecho comprobado de que las formas elaboradas y óptimas siempre van acompañadas de técnicas admirables y de contenidos supremos. Y, a la inversa, en los albores de las antiguas culturas, en todo el *Orbis*, las formas rudimentarias siempre se acompañaron de técnicas no del todo maduras (hartas veces incipientes), y, a la vez, expresaron contenidos cuyo nivel semiológico y espiritual no ha sido el más elevado. La autocensura derivada del temor (o “terror”) a ser tildado de “evolucionista” o de “difusionista” ha estancado mucho los estudios arqueológicos, tanto en lo estético como en la visión bidimensional o shamánica, que pudieron haber sido más proficuos sin estos breves. El shamanismo es uno y estructuralmente similar en todo el mundo; y la cerámica y el arte también. Llegó la hora de replantearse y revisar todo lo referente al “evolucionismo” y a la difusión cultural, tan similar a la biológica.

El estudio de las técnicas cerámicas propio de cada cultura arqueológica, se realiza sobre las bases congnotivas detalladas a lo largo de este libro, al igual que el referido a la “norma” estética, pautada por la forma óptima o más elaborada, cuya clave siempre es el diseño u organización plástica basados, por supuesto, en los rasgos estéticos y tradiciones artísticas propios de cada formación históricocultural. Pero el contenido o expresión de ideas que laten en las obras cerámicas típicas de cada cultura y época, se deberá “rastrear” (como lo hemos hecho nosotros), a través del estudio e interpretación de los diferentes **mitogramas** expresados ya sea en los dibujos grabados o pintados sobre cerámica; en los diseños tejidos y coloreados sobre textiles; tallados en piedra; grabados sobre metal, mates, hueso, madera, etc. Y, muy señaladamente, la pintura rupestre (hecha sobre “*rupes*” o rocas), ha venido en nuestro auxilio en los últimos tiempos, al conocerse mejor y difundirse los increíbles mitogramas propios de las pinturas rupestres de la cultura Aguada, en la región de Ambato (Catamarca, Argentina), datados entre los años 600 y 900 de nuestra Era.

Todos ellos son “mitogramas”, es decir, expresión de *mitos* y de *mítica*. De mitos, ya que un búho grabado o dibujado sobre una cerámica no es ni pretende ser *un búho real ni realista*, sino un shamán difunto o ancestro, con quien establece comunicación, intención o declaración el shamán artista que lo realizó. Y de *mítica*, porque ésta es un tipo de relacionamiento social, de base espiritual, entre clanes de shamanes artistas iniciados, que en las grutas de Ambato (por ejemplo), dejaron plasmadas sus ceremonias, signos, imágenes significantes, videncias, y su tan rica simbología (o simbólica). De ninguna manera se trata de “fotografías” (ni de “fotogramas”), como algunos arqueólogos de mentalidad positivista intentan hacernos creer. El dibujo o grabado de una Uma o *cabeza* en un puco de Aguada no es una “cabeza cortada” sacrificial (como forzosamente dogmatizan sin prueba ninguna), sino reflejo del ancestral y milenario “culto a la Uma”, existente en las culturas tanto andinas como de las yungas o ceja amazónica. Para los andinos, la Uma era sede del Huayra o Espíritu (mente o pensamiento), y en casos se aparecía después de fallecido el Difunto. Y para ciertas culturas amazónicas, dicha sede eran los huesos largos: de ahí el uso ceremonial de la ceniza de huesos o huesos calcinados, tanto para hacer cerámica, como para beberla mezclada con chicha en ciertas ceremonias (Ver en este libro lo que se explica acerca del “negativo” y sus técnicas, generalmente tan poco comprendidas por la arqueología “oficial” y su dogmática minusválida, basada en *relaciones de poder*, en coacciones, complicidades, favoritismos, proteccionismos e implicancias geopolíticas más interesadas y venales de lo que se cree).- Otro ejemplo: un “Toki” o hacha ceremonial, tanto mapuche como de Aguada, es símbolo del “corte mítico del Daño”, o “espíritu maligno” (“*Sajra*”), realizado en ceremonias. Afirmar, sin prueba ninguna, que “se trata de un hacha para cortar la cabeza de las víctimas”..., opinamos sencillamente que es algo descarado, imperdonable en un supuesto “científico” (para usar esta palabra tan vacua como vanidosa y ya desgastada por uso subalterno de ella).

Si nos atenemos a la clasificación tradicional de las antiguas culturas arqueológicas, en *bandas*, *tribus*, *señoríos*, *estados*..., debemos afirmar que en las culturas de “bandas”, formadas por pocos individuos cazadores y recolectores, sin residencia fija ni permanente, no existió entre las “*bandas*” de nuestro territorio cerámica propiamente dicha, tal como se demuestra al estudiar la cultura material de los antiguos selknam u onas; haush (sus vecinos); de los yámanas y alacaluf del sur de Chile; la de los tehuelches primitivos; así como las más antiguas culturas patagónicas o pámpidas premapuches, ninguna de las cuales practicó la cerámica, aunque sí (y con amplio desarrollo y nivel técnico-estético-shamánico) la

pintura rupestre desde hace ocho o nueve milenios, la cestería, textiles, pintura en cuero, la talla en piedra, hueso y madera, etc. La cerámica penetra en el lado argentino de la Patagonia proveniente de Chile, aportada por las migraciones mapuches en épocas relativamente tardías. Los buenos ejemplares de nivel artístico son importados en nuestro territorio, y los realizados en nuestro país nunca alcanzaron el nivel técnico ni estético de las piezas mapuches de Chile.- Por otra parte, las culturas (más antiguas) de Ayampitín, Ampajango, etc. tampoco practicaron la cerámica, posible indicio de su origen patagónico o pámpido. "*Pudo haber un mundo sin cerámica*"... decimos siempre. Se trata de una invención cultural, no de un dato natural (como el fuego); por tanto, no fue necesaria sino prescindible.- Cabe mencionar que la estructura social de bandas careció de rangos y diferenciación, aunque tuvo un desarrollado shamanismo cuyos mitogramas quedaron plasmados en sus maravillosas pinturas rupestres.

En nuestro territorio (y, por supuesto, en los vecinos y prácticamente en toda Sudamérica), la cerámica surge dentro de una estructura o formación sociocultural de tipo tribal. Las *tribus* se caracterizaron por la concomitante aparición de la agricultura, por tanto, del sedentarismo y de las labores pacíficas. La economía tribal salió de la mera economía de subsistencia propia de las bandas de pocos individuos. La organización en familias extensas (agrupaciones familiares de no muchos individuos agrupadas en un extenso territorio de cultivo y hábitat comunes), en una primera etapa formó caseríos o poblados dispersos, instalados en los mismos campos de cultivo. En una etapa posterior, de mayor densidad poblacional, se conformaron gradualmente núcleos habitacionales más compactos o poblados. Es en el seno de esta estructura tribal dispersa (primera etapa tribal) cuando surge la cerámica en nuestro territorio, pocos siglos antes de nuestra Era: época bastante tardía, si la comparamos con los fechados de los andes centrales, de Perú a Ecuador, donde tanto la cerámica como la estructura social tribal existieron desde el 2500 a.C. (y la cerámica antes también, según dataciones del 3500 a.C. en Ecuador: Valdivia).

La tribu se caracterizó por un territorio de cultivo común; el caserío disperso en dicho territorio de cultivo o, posteriormente, el poblado; *el muy desarrollado shamanismo*; y el muy intenso *culto a los ancestros o difuntos*. Una lengua común (el *protoquichua*, según nosotros), aunque dialectalmente diferenciada a través del prolongado asentamiento semiaislado de hasta diez siglos en la misma región en nuestro Noroeste, ha sido seguramente otra de las características tribales. En cuanto a lo económico, prácticamente *no existió diferenciación social* apreciable en la estructura tribal primaria de nuestro territorio, como lo atestiguan tanto los restos arqueológicos habitacionales (tan pocos o exigüos), como los tan modestos enterramientos, su cerámica, ajuar funerario, sistema de cultivo y útiles de labranza precarios, etc.- Cierta tipo de cerámica más elaborada, tan sólo puede atribuirse a la costumbre, históricamente atestiguada, de enterrar a sus shamanes venerados con sus vasos y ajuar de ceremonias, ya que se consideraba tabú el apoderarse de las pertenencias del difunto. No existieron enterramientos ni tumbas diferenciadas, ni cementerios de élites. Dado que podemos considerar que la estructura tribal, en nuestro Noroeste, perduró unos mil años (y quizá en

algunos casos algo más), está claro que dentro de esta estructura sociocultural tribal trabajaron los ceramistas de todas nuestras culturas artísticamente más destacadas: desde los portadores de la llamada cultura San Francisco, hasta las conocidas como Candelaria, Condorhuasi, Ciénaga, Aguada, y subsiguientes (omitimos aquí decenas de denominaciones de paraculturas vecinas, derivadas o similares a las mencionadas, así como las propias de Santiago del Estero, Quebrada de Humahuaca, etc.). Todas ellas se basaron en una estructura sociocultural y económica de tipo tribal; con escasa o ninguna acumulación de excedentes capaz de sustentar una diferenciación social propiamente dicha. El hablar de “bienes de prestigio”, o de “tumbas de élite”, o de “ajuar de élites”, para referirse a cerámicas o piezas de Aguada, simplemente constituye una copia o traspolación servil de la arqueología norteamericana actual (políticamente digitada puesto que todas sus universidades dependen económicamente de grandes corporaciones), de donde provienen los términos “*prestige goods*”, “*elite furniture*”, “*elite graves*”, etc. (voces de moda allá, en USA, que, lógicamente, nuestra actual arqueología colonial o supeditada las adopta inmediatamente, lo cual les otorga, al parecer, cierto “prestigio copión”).

Este casquete de “arqueólogos de poder”, con sus incondicionales acólitos y obsecuentes, y una red invisible de metástasis científicoideas en todo el país, ejerce un férreo poder segregando a los estudiosos e investigadores que no comparten sus posturas *made in USA*; prohíben nuestros libros o no los incluyen en las bibliografías universitarias (aunque bien los leen y copian de ellos lo que les sirve, en forma descarada, aunque, como es lógico suponer, sin mencionar la fuente ni el autor). Han presentado como propias nuestras investigaciones sobre shamanismo y tecnología cerámica... sin rubor facial. Hasta han hecho desaparecer casi todos los libros nuestros donados a la biblioteca del Museo Etnográfico a pedido de anteriores directivos; y han prohibido su venta en la librería del Museo de La Plata. Modernos inquisidores, falsos denunciadores, sujetos altamente peligrosos pues el saber arqueológico no puede ni debe manipularse políticamente ni bajamente, y menos para apuntalar en forma forzada pruebas que apoyarían sus endeblés tesis.

Hablan, por ejemplo, de que la estructura sociocultural que produjo la maravillosa cerámica de Aguada fue la de los **señoríos**, y para ello han forzado pruebas, han cambiado clasificaciones cronológicas (que nunca terminan de ajustar por lo absurdas y conceptualmente precarias), y hasta han presentado como definitivas sus meras hipótesis de que existieron pirámides en Aguada, junto con centros ceremoniales, cruentos sacrificios humanos, palacios, sacerdocio... Sólo un ignorante (aunque dirija un museo) podría hablar de “*shamanes o sacerdotes*”..., equiparando ambas categorías antropológicas, cuando es sabido que el shamanismo nunca ha estado institucionalizado, ni adscripto a templos, ni a centros ceremoniales, ni a la residencia de un “señor”. El sacerdocio difiere completamente del shamanismo, pues siempre (desde el antiguo Egipto), estuvo

al servicio del poder secular (en los “señoríos”, “reinos” o “estados”); y fue práctica común que el “señor” ejerciera ambas funciones: la del poder temporal y al mismo tiempo la sacerdotal.

El verdadero shamán, por el contrario, surge de la complicadísima organización clánica tribal; opera y ejerce sus funciones espirituales (no las de “*medicine man*”, según afirma la antropología norteamericana; no es el *janpiri* o sanador, ni el *ámpej* o “yuyero”). Vive en los cerros y en lo alto (*hanan*) apartado de los caseríos o poblados; fue el verdadero rector de la sociedad en tiempos de Aguada, ya que las relaciones sociales eran laxas, la densidad poblacional muy baja, las tensiones sociales o bélicas casi nulas (prueba de ello es el hecho de que casi no existen restos arqueológicos de armas en los sitios ni enterramientos de dichos períodos culturales, ni sistemas defensivos en los poblados).

En Choya 68 (cerca de Willapima, al sudoeste de la ciudad de Catamarca) se han hallado los restos de un montículo escalonado, de base circular, con unos pocos metros de altura, y sin restos en su interior. Estirando el “lecho de Procusto” a fin de que dicho supuesto hallazgo (que era conocido desde hace décadas) sirviera para apuntalar las tesis del “casquete arqueológico” imperante, han pretendido impactar en el público desprevenido con la sospechosa colaboración de los medios, a fin de hacernos creer que existieron pirámides en Aguada, y que se trataba de un gran centro ceremonial. Todas las pirámides mexicanas o peruanas tuvieron base cuadrada o rectangular (México, Perú), y el basamento circular hace que se las deba definir como “montículos”, de los que se conocen decenas en nuestro país, desde la cultura Tafí y posteriores. Una pirámide es otro tipo de hecho artístico-funcional, tanto arquitectónico como arqueológico. Es portadora de elementos icónicos complejos, y además siempre se acompañó de plataformas, pasadizos, nichos, esculturas sobresalientes de la roca (Chavín), además de hallarse dentro de un contexto mucho más amplio que su propia estructura funcional. El descaro no tiene límites. Han osado afirmar que un esqueleto humano enterrado en las proximidades del montículo, sin rastro ninguno de violencia ni fracturas, “debió ser un sujeto sacrificado”. Así; sin más. Y siga el cuento, que total... nada cuesta endilgarle a los indígenas de Aguada un sacrificio más, base de la moderna postura *made in USA*, políticamente digitada, según la cual nuestros indios se pasaban todo el día sacrificando gente... cuando fueron los európidos quienes eliminaron en 150 años al 90 por ciento de la población originaria de toda América (entre 60 y 90 millones de personas, según los últimos cálculos).

Basta con mirar los repulsivos documentales de ciertos canales televisivos de “historia”, o “geografía”, o “descubrimientos”, “pueblos y arte”, etc. (todos bajo estricto control de la Cía), para comprobar que dicha tesis viene apuntalada a remaches y hachazos, en forma continua, invariable e intencionalmente recargada. Por el contrario, nunca, jamás, esos medios han hablado de los sacrificios humanos que se practicaron en Europa en los monasterios católicos de Gran Bretaña hasta el año 1100 d.C., ni de los sacrificios de párvulos en Israel hasta casi comienzos de nuestra Era, cuyas cabezas aparecen dentro de urnas a

pocos centímetros de la superficie. Es que la Cía ha declarado al indigenismo como futura “hipótesis de conflicto” en toda América, razón por la cual hay que demostrar, a toda costa, y repartiendo muchos dólares, becas, viajes y beneficios, e inventando en casos falsarios “descubrimientos” de momias y estructuras de grandes “centros ceremoniales”, que el modo de vida indígena era cruel e inhumano, y que fue necesario que los europeos (tan desinteresados y píos) vinieran a redimirlos con su “ética bíblica”, último recurso mediático de la neodominación mundial en marcha (a bombas y cristazos...).

Dígase lo mismo de los restos y montículo (de apenas tres metros de altura) hallado en Rinconada (Ambato norte). Inspirándose (como siempre, sin reconocer la fuente) en el tan difundido libro *“Los Incas y el antiguo Perú”*, publicado en 1991 en España por la Comisión del 5to. Centenario, donde aparecen cuatro dibujos en blanco y negro que son proyecciones isométricas del templo y ruinas de Pachacámac (Perú), donde sí existió un enorme centro ceremonial con “predominio del patrón de las pirámides con rampa”, sin más y descaradamente plagieron dichos diseños con escasa dosis de disimulo, para hacer creer al mundo que “el casquete” había hallado en la plaza de la Rinconada otro gran centro ceremonial, que “con el Mollar de Tafí... y Choya 68 creemos son de los más importantes en toda la historia arqueológica del Noroeste argentino”, según afirman ellos mismos. Lástima que los dibujos de Rinconada se publicaron cinco años después que el libro mencionado sobre Perú. Por supuesto que no se les ocurrió pensar que en el caso de Rinconada bien pudo tratarse de un simple corral de llamas para el intenso caravaneo de entonces. Por otra parte, tampoco falta aquí la inferencia macabra, cuando afirman que (como es habitual en zonas de cementerios destruidos), entre gran cantidad de restos óseos de llama y otros mamíferos, hallaron “algunos huesos humanos muy fragmentados... quizás vestigios del ceremonialismo cruento que se refleja en la iconografía de Aguada...” Y entre “quizás”, “tal vez”, o “posiblemente”, nuestros pobres indígenas, al final del cuento y como conclusión mal disimulada, quedan como sacrificadores ávidos de sangre humana, cuando, a decir verdad, jamás se ha encontrado una molécula de sangre humana en un puco de Aguada, ni santamariano, ni de la cultura Belén, lo que fácil sería identificar disponiendo de microscopía adecuada (como la que tenemos en el laboratorio de nuestro Instituto de Ceramología). Sangre y semen fósil se han hallado y estudiado en Europa en cadáveres congelados en los glaciares alpinos de hace cinco mil años... Quemar huesos animales y a veces de humanos fallecidos, para uso ceremonial y esotérico, fue práctica habitual en todo nuestro Noroeste, desde sus períodos iniciales, y en las culturas amazónicas que también interinfluieron en nuestro territorio (más de lo que se cree). La denominada “ceniza de huesos” se incluía en cerámicas, como antiplástico poseedor de un profundo sentido esotérico. Al autor, dictando un curso en el Chaco entre tobas viejos, hace años, en plena selva Impenetrable, cuando mostró talco en polvo que había llevado para uso cerámico, uno de ellos (el más anciano), le dijo: *“Che... dame de ese hueso...”*. Sin duda el anciano era conocedor (en secreto) de la vieja práctica ancestral, consistente en el uso de huesos calcinados y molidos como eficaz y a la vez sagrado antiplástico para confeccionar cerámica y a la vez perpetuar la memoria del difunto.

Lo cierto es que, en nuestro territorio, y en esos siglos iniciales, no existieron ni grandes estructuras piramidales (sino apenas algunas pequeñas plataformas bajas no mitografiadas, de uso ceremonial posiblemente, o clánico conmemorativo). Menos aún existieron grandes centros que pudieran considerarse como templos, o como plataformas para sacrificios humanos. Mentas afiebradas parecería que anhelan ver sangre por doquiera hubo restos de cultura indígena; y con el propósito de confirmar su hasta ahora mera hipótesis de trabajo y suposición débilmente fundamentada, no vacilan en “armar pruebas” como también es costumbre ahora hacerlo en los ámbitos judiciales. Según ellos, y en pos de la semiosis arqueológica neonorsteamericana, “la verdad histórica no existe; se la inventa o se la crea mediante pruebas bien armadas y semióticamente ajustadas a la finalidad geopolítica que se procura...”

Un “señorío” es una estructura sociocultural más compleja, que supone una densidad poblacional mucho mayor que la tribal. Si en la tribu el rasgo sobresaliente fue su tan desarrollado shamanismo y el culto a los difuntos o ancestros, en los señoríos el eje se desplaza hacia el culto reverencial del señor, quien ejerce el poder religioso y político, y ya es hereditario. Además, es distribuidor de bienes y labores. La caracterización de los señoríos se basa en la existencia de grandes centros ceremoniales, con templos y un sacerdocio permanente que habita en ellos, en grandes estructuras palaciegas. Nada de esto se ha encontrado en nuestras culturas aborígenes, caracterizadas por su extrema sencillez urbanística y arquitectónica, al menos en los tiempos de Aguada. En las verdaderas tumbas señoriales, como la del Señor de Sipán (Perú, cultura moche), construida en varios pisos y dotada de increíbles tesoros de oro y joyas (que el autor fue uno de los primeros en contemplar cuando sus cursos en Perú), se halló el cadáver ricamente ataviado del *señor*, junto con sus mujeres y servidores, llamas, perros, y un enorme e impresionante ajuar funerario, de oro, cerámica, mobiliario, armas, etc. Por otra parte, en los señoríos existió un mercado desarrollado y permanente, con artesanos especializados en producción seriada (uso de moldes), intercambio planificado y organizado. Esto los diferencia del pequeño Qhatu o mercado tribal, con su modesto intercambio de caravanas, y una producción dirigida a proveer las necesidades de la familia extensa mediante trueque (piezas únicas, donde “escribían” su mitográfica simbólica). El mercado típico de la tribu no tenía carácter permanente, sino estacional, festivo y pautado según las lunaciones y estaciones. Las mejores piezas tribales eran realizadas por shamanes ceramistas, puesto que la actividad artística todavía no era profana. La demanda familiar o casera era cubierta por los miembros de la familia: es la cerámica sin mitogramas, meramente funcional o utilitaria.

Nuestros enterramientos, tanto los de Condorhuasi-Ciénaga como los de Aguada, y más aún los posteriores, llaman la atención por su sencillez y precariedad. Y, como prueba “*negativo sensu*”, en ninguno de ellos se ha encontrado el cuerpo momificado de un personaje principal, rodeado de otros subordinados. Lo más frecuente es hallar uno, o bien varios cadáveres del mismo

o similar rango, en algunos casos con esqueletos de llamas en torno (Condorhuasi). Y siempre cenizas de huesos calcinados... rasgo shamánico pasado por alto por nuestros arqueólogos positivistas, que dejan de lado todo lo que testimonie Espiritualidad, arte y cultura indígena. Sólo les interesa husmear entre colores sanguinolentos, y hasta donde observan óxido de hierro (el colorante rojizo de mayor empleo en todas las culturas indígenas), avanzan de mala fe una interpretación sacrificial. Si no les alcanza, derraman litros de pintura roja, como han hecho asquerosamente en una famosa exposición montada para denigrar a la cultura Aguada, en el Museo Etnográfico.

Tampoco hubo en nuestro territorio enormes centros ceremoniales como los de Tiahuanaco (Bolivia); ni Machu Picchu (Cuzco, Perú); ni como los de Pisac o Sacsahuamán (cerca de Cuzco); ni como el de Pachacámac (costa central, Perú); ni como el maravilloso y esotérico Chavín (sierra norte peruana), para citar sólo unos pocos. En estos casos sí es posible afirmar la existencia de verdaderos "señoríos", los que, por otra parte, siempre se acompañaron de grandes obras de riego, canales, terrazas escalonadas indicativas de cultivo intensivo; y, como ya se dijo, de templos, observatorios, pirámides, canchas de reunión ceremonial, grandes mercados, y una "capital" (*caput*) donde se hallaba la residencia del señor, sus servidores y vasallos. Nada de esto se halló en la cultura de Aguada, ni en sus predecesoras y seguidoras inmediatas influidas culturalmente por ella.

La cerámica propia de señoríos propiamente dichos, posee caracterizaciones bien marcadas y definidas. En primer lugar, parecen dibujos o grabados de señores llevados en andas (*wantu*) por sus servidores, lo que aparece atestiguado ampliamente en la cerámica mochica, nazca, y en figurillas de Chancay y otras culturas peruanas. En los señoríos, por otra parte, aparecen con frecuencia modelos en terracota de casas señoriales, o de viviendas de dignatarios; o réplicas en miniatura de templos (como en México). Nada de esto apareció jamás en nuestra cerámica arqueológica argentina, tan sencilla en su concepción, accesorios y elementos decorativos. Los escasos ornamentos de oro en algunas de nuestras tumbas de los períodos inciales, no son ciertamente "bienes de prestigio", sino elementos de uso shamánico, brazaletes o pulseras usadas por el shamán oficiante. No debemos olvidar que el oro, para nuestros indígenas, era un metal más, cuyo valor no superaba al del cobre o plomo; y cuyo precio era inferior al del bronce, de costosa facturación pues requiere fundición, aleaciones según eutécticas, moldes y artesanos especializados. Allí donde se halló elementos ceremoniales de oro, en nuestro territorio se lo trabajó martillado o a punzón. Y los famosos discos de bronce grabados, posiblemente importados de Bolivia, fueron fundidos y colados sobre moldes o placas de arcilla de una sola pieza, portadores del dibujo en negativo o rehundido. Nunca "a la cera perdida", como se ha afirmado con total desconocimiento del tema (tal vez con la intención de apuntalar la tesis de la existencia de señoríos en Aguada). Quienes hemos trabajado durante décadas con moldes debido a nuestros estudios cerámicos, lo percibimos con absoluta claridad. El método de la cera perdida se presta para

realizar figuras de bulto, o volumétricas, como muchas de Colombia. Emplear la técnica de la cera perdida para configuraciones planas, sencillamente es ridículo: mucho más trabajo con peores resultados. (En nuestro medio, aclaramos, circulan ejemplares de bronce grabado que son burdas falsificaciones “prestigiantes” de colecciones privadas. Ni qué hablar de muchas piezas en oro...). Dichos discos en bronce, cuando son auténticos, fueron retocados a punzón de cuarzo una vez endurecido el metal, para realzar el dibujo y destacar detalles.

El molde, por su parte, es una característica o rasgo de la tecnología cerámica (o metalúrgica) propia de la etapa de los señoríos. Presupone un tipo de mercado más desarrollado y complejo, de carácter permanente, con sede en la “capital” o ciudad señorial. Implica el inicio de la cuantificación y de la repetitividad ergológicas debida a una mayor demanda y especialización productiva, con menor preocupación por la obra individual, típica de la estructura tribal. Podemos afirmar que el trabajo para la confección de figurillas de terracota en moldes de dos piezas o partes, no existió en nuestra cerámica, al menos durante el Período Culminativo (que termina con Aguada). Menos aún hubo moldes *á la cire perdue...* (como lo hemos afirmado antes), en la metalurgia del bronce (tesis llamativamente también apuntalada mediante dibujitos en blanco y negro... como los del supuesto centro ceremonial de Rinconada). El molde, y más el tecnológicamente tan complejo de la cera perdida, implica y supone la existencia de un mercado bastante desarrollado, dedicado a cuantificar la producción, lo que es propio de señoríos y no de la estructura tribal. Al parecer, han montado todo un “apparatus” ideológico a fin de sustentar la tesis de los supuestos “señoríos” de Aguada. Constituye una manipulación perversa contra la arqueología el inventarse pruebas, sin sustento serio, a fin de sostener las tesis de la actual “corporación arqueológica neoargentina global”, que tanto daño ha hecho a los estudios antropológicos serios en nuestro país.

La pintura rupestre, en especial la de la zona de Ambato (cultura Aguada), apuntala totalmente nuestras tesis. No se ha encontrado en ninguna de ellas (y son cientos) la figura de un dignatario o señor llevado en andas; ni ningún tipo de alusión a un personaje de privilegio o “señor”. No existieron los séquitos ni suntuosos rituales fúnebres, típicos de los señoríos con “umus” o sacerdotes. Muy por el contrario, todos los dibujos rupestres se refieren invariablemente a escenas de shamanes e iniciados en trance o actitud ceremonial comunitaria, siempre en rangos parejos. Menos aún aparecen recintos, templos, ni pirámides... Se presenta, eso sí, la figura del Jaguar, como metonimia del shamán difunto cuya videncia operaba el trance. Se trata del *símbolo lunar* por excelencia, de estas culturas matriarcales de Aguada, basadas en la esotérica y mística del animal de hábitos nocturnales: el Jaguar o felino (otra palabra tomada del inglés *“feline”*... que no se justifica en nuestro medio). Mentes alucinadas hablan de que el felino es alegoría del Sol..., cuando el pensamiento indígena fue metonímico, opuesto al alegórico europeo (con razón disparatan). Todo el contexto shamánico no podrá comprenderse si no es relacionándolo con la filosofía de la mística lunar, en oposición binaria con la solar. El shamán de Aguada (y el actual) opera de noche, como el jaguar; ve en la noche (Videncia); tiene hábitos nocturnales, florece al

atardecer, cuando aparece la Luna, como el cactus maestro. El *modus* alegórico es de origen europeo, judeocristiano, racionalista, por lo tanto, *solar*. El pensamiento indígena es **metonímico y lunar**... De ahí su incompatibilidad, su imposibilidad de asimilación, su incapacidad de someterse, de identificarse con lo europeo, de plegarse a tropos conceptuales extraños a su estructura cultural milenaria.

Escenas religiosas o ceremoniales, animales, huayras o Espíritus abundan en dichas pinturas rupestres, fiel reflejo de la cultura de Aguada. No aparece en ninguna de ellas signo alguno de diferenciación social, ni de rangos supinos, ni de "bienes de prestigio", ni de escenas de reverencia a un "señor". Lo que sí es posible inferir de dichas pinturas, es la existencia de un shamanismo exclusivamente masculino, característica que también puede observarse en los mitogramas de la cerámica Aguada. Ello nos permite inferir la existencia de clanes de shamanes artistas, de asociaciones de carácter esotérico dedicadas a la Espiritualidad. Ninguna escena de sacrificio aparece en dichas pinturas rupestres (y nos consta que han sido revisadas palmo a palmo a fin de apuntalar la tesis sacrificial del "casquete arqueológico neonorteamericano"). Esperemos que no decidan "inventar" una escena sacrificial y plantarla en una cueva de Ambato (posiblemente todavía no hallaron a algún adulterador competente).

Con posterioridad a la desintegración de los señoríos collas post Tiahuanaco, aparece en nuestro Noroeste, y en las zonas limítrofes de Bolivia y Chile, el denominado "cacicazgo". Esta institución ya decadente, que aparece a fines del Período Reciente (hacia el 1400 según nuestra periodización) se impone durante el Período Tardío o incaico, y perdura bajo la invasión europea y hasta el coloniaje. Pero se trata ya de una des-integración cultural y constituye un fenómeno particular, que todavía debe estudiarse en profundidad. Nada tiene que ver con la estructura de los señoríos, que nunca existieron entre los indígenas argentinos cuando su época de florecimiento cultural (desde Condorhuasi hasta Aguada).

Hasta la palabra "indígena" parece desterrada ya, reemplazada por el neologismo *made in Usa*:

"originario", que ni es connotativo, ni denotativo, sino vago pues solo da una nota (referida al origen...); y además es carente de carga cultural e histórica secular (imposible de eludir en toda denominación auténtica y acreditada por el tiempo). "*Original art; original peoples...*", parece ser la nueva palabra-consigna con que la Cía intenta *resignificar al arte indígena* y a sus creadores. En su ignorancia, arqueólogos que ignoran latín y griego, además de quichua, han afirmado que dicha voz debe desterrarse puesto que "indígena" quiere decir "derivado de la India" (lo cual no es cierto). Vaya con la novedad... Pero a dichos ignoros hay que enseñarles que la palabra "indígena" deriva de la raíz latina: "inde": *allí mismo*; y del griego "guénos": *engendrado en...* Dado que la Cía ha declarado al indigenismo como nueva "hipótesis de conflicto"... su intento se dirige a desterrar el uso de dicha voz, dado que encierra una enorme carga emocional en favor del indígena, o aborígen, o "indio", y su cultura.

A modo de **denuncia pública**, y para que se sea notorio cuál es el *modus operandi* de la “corporación arqueológica” que en nuestro país ejerce el poder de coacción por todos los medios y que ha arruinado nuestra antropología, denunciamos que el autor ha recibido la visita de un encumbrado personaje de nuestra arqueología (cuyo nombre no lo dirá jamás porque, al modo shamánico, no es un delator y menos contra quien ha confiado en él). Es sabido que, cuando existe un problema de diagnóstico arqueológico, de adscripción cultural, de datación o de autenticación, se recurre a nuestro laboratorio, hartas veces en forma velada (sin dar nombres de museos o instituciones). Dicho personaje nos trajo, para certificar su autenticidad, una serie de piezas de la cultura Aguada, estilo Ambato, portadoras de grabados de indígenas con las manos amarradas a la espalda, o con sogas al cuello... como preparadas para el sacrificio. No faltó alguna hachuela grabada, a fin de apuntalar la escena. Observadas las piezas, el diagnóstico fue indubitable: se trataba de una falsificación burda de las escenas grabadas. Los diseños fueron malamente copiados de los que aparecen en escenas de la cerámica mochica. Conclusión: tenemos fundadas pruebas de que existe un plan macabro, financiado desde el poder imperial neororteamericano actual, que utiliza a la arqueología como “poderosa arma ideológica y geopolítica”, a fin de destruir la ideología y posturas indigenistas, consideradas por ellos como moderna “hipótesis de conflicto”. Seguramente se intentaba “plantar” dichos vasos en algún enterramiento o nuevo hallazgo sensacionalista, haciendo creer a todos que “ya se ha confirmado la existencia de sacrificios humanos masivos en tiempos de Aguada”. Y algún picaruelo (o “picaruela”) de nuestra arqueología mediática, que ya son muchos y bien pagados o subsidiados, aparecería en los canales televisivos antes mencionados con dichas supuestas pruebas... fraguadas. Mucha infraestructura e inversión pecuniaria se precisa para semejante operativo. Los falsificadores profesionales son pocos y caros. ¿Quién se halla detrás de tamaña maniobra? Es indudable que estamos en presencia de un tipo de intencionalidades no individuales ni banales. Huelgan las palabras, y no hablaremos más del tema.

Y, para terminar, cabe preguntarnos: *¿existen una antropología y una arqueología comprometidas?* Sí existen. La arqueología y la antropología siempre han estado comprometidas. Con el poder de turno, por supuesto.-